AMERICO CASTRO, ENTRE LA LITERATURA Y LA HISTORIA

Lloret de Mar: TRASLADO DEL CADAVER A MADRID

Lloret de Mar, 26. — Ha tenido amplio eco la noticia del fallecimiento del insigne polígrafo Américo Castro, cuya muerte, como ya informamos en nuestra edición de ayer, le sobrevino inesperadamente en Lloret de Mar, donde pasaba una temporada de descanso, hospedándose en un hotel cerca de la playa de Fanals. Como es sabido, mientras estaba bañándose en la citada playa se sintió indispuesto y fue trasladado, con ayuda de varios bañistas, al Hospital Municipal lloretense, donde fue urgentemente atendido por el doctor Benito Inajara, siendo inútiles los auxilios de la ciencia para salvar la vida a Américo Castro, quien, poco después de su ingreso en dicho centro hospitalario, dejó de existir.

Entre los bañistas que le atendieron en los primeros momentos se encontraba un médico, el doctor Alcántara, quien ordenó el inmediato traslado al Hospital de Lloret, al advertir el estado de suma gravedad del escritor.

Su cadáver quedó en el depósito del mencionado Hospital, donde ha permanecido hasta las tres de la tarde de hoy, en que su hija Carmen Castro ha decidido trasladarlo a Madrid por carretera.

Dictamen del médico forense

Previamente, al mediodía, el médico forense le había practicado la autopsia, dictaminando como causa del fallecimiento la de asfixia por sumersión.

Apenas conocida la noticia del triste desenlace llegó a Lloret de Mar, desde Madrid, la hija del ilustre polígrafo, que se hospedó en el propio hotel donde residía su padre. También se trasladaron a Lloret para acompañar a los familiares del finado personalidades brasileñas y norteamericanas, llegadas desde Barcelona, y numerosos amigos íntimos de la familia.

La señora Castro ha manifestado que su padre estaba pasando un mes de descanso en un hotel de la playa de Fanals, en donde se encontraba muy bien y muy contento. A pesar de su edad, 87 años, Américo Castro era muy aficionado a tomar baños de mar, y así lo había hecho varios días sin ningún trastorno.

Numerosos testimonios de pésame

Igualmente han sido numerosos los testimonios de pesar llegados a Lloret por la desaparición del insigne ensayista, especialmente de personalidades de la ciencia y la cultura, a cuyos testimonios cabe añadir la consternación general producida por el fallecimiento de Américo de Castro, que

deja un gran vacío en el mundo de las letras, como importante ha sido su destacada personalidad.

Los restos mortales de Américo Castro fueron sacados a las cuatro de esta tarde del Hospital Municipal para ser trasladados por avión a Madrid, donde recibirán sepultura en el cementerio civil. — J. VILA.

«La Vanguardia» se suma al dolor que ha producido la muerte de Américo Castro y expresa su sincera condolencia a los familiares del extinto, en particular a su hija, la notable escritora que habitualmente colabora en nuestro periódico.

LA CALLE Y SU MUNDO

ANECDOTA DEL ESCRITOR

Ha fallecido Américo Castro.
(De los periódicos.)

Por los primeros años treinta solíamos charlar unos momentos, de cuando en cuando, con Américo Castro, en un cafetucho aledaño al Congreso de los Diputados de Madrid. Tocaba en el breve local un violinista extraordinario, Estefanía, y los melómanos acudíamos a oírle. Estefanía era un bohemio que, malogrado para más altas empresas, tañía su instrumento un poco a la buena de Dios, por los cafés de los barrios madrileños y por los pueblos. Castro, camino del cercano Centro de Estudios Históricos, se detenía, a vegadas, a escuchar el mágico violín de Estefanía y a ratos comentaba con nosotros la rara calidad del artista.

Don Américo era hombre de barba cerrada y negrísima, y tenía facha de árabe jaque y petulante. Algunos conocidos que eran o habían sido alumnos suyos en la Facultad de Letras, y que, por los motivos que fueren, no le estimaban, decían que el profesor era hebreo, cosa que nos tenía sin cuidado, pero un día Estefanía le puso a juicio el asunto y Castro replicó con que su apellido era gallego, si bien él era granadino. Al referirle el lance a Federico García Lorca, éste nos dijo que abundaban en Granada los apellidos galaicos, pues habían sido gentes de este país las que colonizaron la comarca tras la conquista del Reino por los Reyes Católicos. Castro no tenía cara de muchos amigos y gozaba fama de cascarrabias y violento. Yo le admiraba por haber sido embajador de España en Berlín al proclamarse la República, tal vez el 14 de abril de 1931, cargo que abandonó, ignoro los motivos, a los pocos meses de hacerse cargo de él. También se decía que gozaba de la confianza de don Manuel Azaña.

Uno de los libros interesantes de aquel tiempo fue una serie de ensayos sobre Santa Teresa, el erasmismo de Cervantes y otras cuestiones que Castro había sacado a la luz. Tengo para mí que en torno al erasmismo fueron las suyas las primeras noticias que tuvimos de ese fenómeno cultural, sobre el que había de incidir en otro libro, «Del vivir hispánico», y que acaso informe buena parte de su labor de historiador. El erasmismo tiene algo de Institución Libre de Enseñanza, influye sobre escritores e intelectuales y de ahí no pasa. Acontece con él lo que con el movimiento de los ilustrados del siglo XVIII y naturalmente con los krausistas.

Uno no volvió a hablar con don Américo desde los lejanos días del café, a la escucha del violín de Estefanía. Hemos leído sus libros y hemos seguido su vida por América. Los santiaguistas, entre los que humildemente me incluyo, le debemos la defensa del mito de Santiago, suceso extraño tratándose de un agnóstico. Hizo más Castro por Santiago que la mayoría de los clérigos y de los profesionales del santiaguismo oficial, según me contó el difunto cardenal Quiroga Palacios. Me decía esto comentando un despropósito recién publicado, del monje de Silos, fray Justo Pérez de Urbel. Castro era un hombre muy importante. ERO.

EL DENUEDO INTELECTUAL

Cuando se nos muere un maestro, se nos empequeñece el horizonte del alma. Pues, ¿no es quien nos guía un mostrador de caminos? He dicho maestro; no, acumulador de saberes. Lo primero que se destaca de la mole ingente del quehacer de Américo Castro, a lo largo de casi setenta años de brega intelectual, es esta su voluntad de hacer llegar, al discípulo oculto que es el lector, su energía mental orientadora. No el dato. Sino la carga espiritual que contiene. Esta fuerza vital, esta «energeia» designa un modo de ser de juventud irrestañable. Puesto que evita que la erudición pueda convertirse en peso muerto. En eso, Américo Castro se asemejaba a su venerado maestro Ramón Menéndez Pidal, quien —como es sabido— entregó su juventud a la benedictina paciencia de preparar textos medievales, para ir, a medida que avanzaba su madurez, avanzando en el plano de la teoría, de la hipótesis y, casi en edad centenaria, de la polémica.

También Castro fue un minucioso preparador de textos filológicos en sus años de juventud en el Centro de Estudios Históricos, donde aprendió y enseñó las más pulcras técnicas de la investigación. Pero al cumplirse las bodas de plata de su maestro Menéndez Pidal, con la cátedra ofreció al maestro su gran tarea de interpretación polémica con su libro «El pensamiento de Cervantes», en el que, apartándose de la tradición erudita, busca en el alma cervantina hasta hallar la fuente soterraña, hábilmente encubierta ante los peligros de la represión, en el espíritu erasmista. El tema cervantino no será abandonado jamás y sólo hace unos meses asistíamos en Madrid a la solemne fiesta editorial que celebraba el volumen centésimo de la colección «Novelas y cuentos», que era una edición del Quijote con un prólogo de Américo Castro, quien en un centenar de jugosas y apretadas páginas, nos aleccionaba acerca de «Cómo veo ahora el Quijote». La lectura de este trabajo que epiloga los anteriores, además del volumen titulado «Hacia Cervantes», nos sitúa ante la tarea definitoria de la obra del gran maestro desaparecido. Que no es otra que la de montar la interpretación de nuestra historia en un terreno que no es el de la economía tal como lo prejuzga el materialismo histórico. Así lo dice taxativamente en su libro «De la edad conflictiva»: «Las páginas que siguen ponen bien en claro la falacia de quienes han decidido que la historiografía española se funda en la economía y en la lucha de clases».

¿Cuál es, pues, el motor que rige sus ideas históricas? Hace muy pocas semanas las sistetizaba el propio Américo Castro a nuestro amigo Manuel Cerezales en «ABC» diciendo de manera también rotunda: «No rindo culto a la divinidad de la economía. La economía es un factor a tener en cuenta como algo manejado por los hombres, como tantas otras cosas. Pero el verdadero sujeto de la Historia es el hombre, afirmado sobre sus anhelos y creencias. Ciertos historiadores franceses hacen consistir el problema de España sólo en la lucha de clases, el choque entre el campesino inculto y la burguesía judeocristiana. Esta interpretación es falsa. Frente a ella, mi idea es de que la vida española ha sido como un entramado de la convivencia y de la pugna de tres castas: la de los cristianos, la de los moros y la de los judíos».

Significa esto que la Historia es el juego de las conductas del hombre; el de sus afectos y el de sus odios; el de sus obsesiones raciales colectivas. Las cuales se apoyan en el hecho de entender a España como una encrucijada. De esta encrucijada se deducen una serie de acciones y reacciones cuyo conjunto «hace» a España tal como él la describe en sus obras capitales «España en su historia» y «La realidad histórica de España». Ello supone tener en cuenta los valores espirituales por encima de las estadísticas. Significa también la primacía de lo intelectual sobre lo material. Explica, sobre todo, la condición «ensayística», es decir, libre, de su obra cultural, servida con entusiasmo y con denuedo admirable, y utilizando como base de toda clase de interpretaciones nacionales la mencionada convivencia (o lucha) de «cristianos, moros y judíos» explica España como una resultante de la necesidad histórica de oponer un mito, el de Santiago, a la fuerza enardecedora del «mito» de Mahoma. No por otros conductos el historiador francés Pirenne ha visto en Carlomagno la necesidad estratégica de una figura símbolo que oponer al poder musulmán. Por lo demás, en su furor polémico, anima a Américo Castro el deseo de dejar a los españoles por venir la clave de su pasado, y no es en modo alguno absurdo buscarlo en la superposición de ideas religiosas que producen huellas soterrañas como las que yo detecté en 1941 en el espíritu de Góngora y de Gracián y que, desconocidas para Américo Castro, fueron aceptadas por él posteriormente en una carta a mí dirigida que es un modelo de elegancia espiritual.

Américo Castro nos deja, pues, historia viva, presencia del espíritu sobre el tiempo. Y ese admirable denuedo con el que, a través de tantos decenios, ha querido, sabido y podido defender su verdad.

GUILLERMO DIAZ-PLAJA
de la Real Academia Española

AMERICO, EN SU ESPAÑA

Este oficio de estar lee que lee, alternado con rebuscas en otros libros, inacabable ratonear hasta que aciertas con el debido, en pos de más exactitud en un dato de nada; y al cabo, urgido por la galera del periódico, harto más puntual que la RENFE, darle a la máquina con el fuelle de un Merckx, en la última recta, tiene entre sus muchas contras, cuando cansado de templar te encaras con el papel para la cosetada que digo, la pajolera gracia de que sobreviene un tema de más urgente trato y es fuerza relegar al trastero el menguado fruto de tantas horas. Hasta mejor ocasión, que por aquello del desenladrillador que lo desenladrillare es sinónimo de nunca jamás; entra, esto es, en el sabido capítulo de las buenas instenciones, tantas, en mi caso, que sobraran a enladrillar la cándida cursilería del Taj Mahal.

Va el preámbulo por una columna que se titulaba «Bien por don Américo» y, tras las digitaciones de rigor, quedó trunca (y se pulta, que a saber dónde paran fuste y notas). Y venía a cuento de la fuerza dialéctica servida por una documentación imponente y al día, el ímpetu juvenil, la finísima chunga, el duende, en fin, de que hacía gala el maestro, con sus más de 86 primaveras, al anteponer medio centenar de frescas páginas a su polémico y bien amarrado libro «De la edad conflictiva», con vistas a la tercera edición, ampliada en todos los capítulos y aparecida hará tres o cuatro meses.

Aludo a la gracia con que su firme doctrina pone a correctivo de aventuradas —si canonizadas, o punto menos— opiniones de los Chaunu, Braudel, Noël Salomon y compañía, recreándose en la suerte cuando se encara con Pierre Vilar; la arremetida contra el seudohumanismo vigente y la boga de la historiografía circunscrita a datos económico-sociales («estamos pasando —observa— del mito de Numancia al de los dogmas del materialismo histórico»); la chispeante defensa de sus conocidas tesis sobre la primacía de los valores individuales y la determinante —en nuestra historia del XVI y XVII, si no hasta las presentes calendas— de la condición castiza de las personas; su afán desmitificador, y no forzosamente agradable, que nada tiene que ver con el derrotismo («si yo creyera que España ha sido para siempre detenida en el curso de su historia, y no estuviese seguro de que hay españoles que la están continuando, habría empleado mi tiempo y mis fuerzas en otras tareas»).

Sí, el brío mismo, ese adentrarse a pecho descubierto en su juvenil talante, que en la mañana del Señor Santiago, del hispánico patrono que mucha y acerada tinta le hizo gastar, le impelía a nadar, y morir, en la playa de Lloret. Solo, desnudo de equipaje, como el otro, desconocido también. Un anciano en bañador, sin mayor connotación, él, don Américo por antonomasia, el maestro de maestros.

Si vale —por acogernos a uno de los muchos y felices neologismos de nuestro autor— la «vividura» de los estudiantes de mi tiempo, recuerdo la altura de su contribución al curso A o B que en nuestra Facultad fueron la avanzadilla de la Autónoma y, en contraste, el escaso entusiasmo del alumnado. Por razones que ninguna relación guardaban con la novela picaresca de su lección (¿Santa Teresa, acaso?), podéis asegurarlo. No sé; la cerrada y perfumada barba endrina, de puro negra, el habla suave, gomosa, el estudiado gesto, el atildado porte, cosas, todas inusuales aquí. Admirábamos en él, cierto, al máximo autor de «La vida de Lope de Vega» de Rennert, en su muy ampliada versión castellana, y, otro tanto, en la del Meyer-Lübke, al estudioso de Quevedo, Santa Teresa, el mito de don Juan y el primero que —antes de Bataillon— calibrara la parte del erasmismo en nuestra mayor literatura, por no decir de su insuperada obra «El pensamiento de Cervantes». Mas pienso que en la deplorada actitud prevalecían otros ingredientes, de matiz religioso, político, de tendencia artística, no sé de fijo.

Vinieron los años de guerra y de exilio, noticias sueltas, deslavazadas, ecos de una polémica con Borges, o viceversa (por «La peculiaridad lingüística rioplatense», que aquí se reeditaría casi veinte años después, en el 60, y donde apuntaba la tesis de «La realidad histórica de España»). Hasta que vino la bomba: «España en su historia: Cristianos, moros y judíos» (1948), con la subsiguiente, mantenida y resonante polémica entre el leonés Sánchez Albornoz y el granadino Castro. Después, «Aspectos del vivir hispánico», «Santiago de España», «La realidad histórica de España» (1954), traducido a media docena de idiomas y varias veces reeditado con importantes adiciones.

Tres años después llegó su reaparición en los catálogos españoles: con la docena de ensayos reunidos bajo el significativo título «Hacia Cervantes». Y con el polémico «Origen, ser y existir de los españoles», que en 1959 inauguraba la popular colección «Ser y tiempo de España» (es el libro que en ulterior salida se titula «Los Españoles: cómo llegaron a serlo»), marca en nuestro público letrado el comienzo de una revisión de nuestra historia que está lejos de dar todos sus frutos. Para culminar dos años más tarde en «De la edad conflictiva. El drama de la honra en España y en su Literatura» (ahora subtitulada «Crisis de la cultura española en el siglo XVII»), que encierra la idea renovadora del maestro ratificado en su valía de historiador y convertido en filósofo de la cultura. Un libro que, considerablemente aumentado y más probante en sus ediciones sucesivas, como en sus tradiciones italiana y francesa, mucho ha influido. Aunque en verdad —no en vano son certeros sus tiros— no haya suscitado demasiados comentarios escritos.

Un libro valiente, con el pulso de la vida latiendo en todas sus bien fajadas páginas, apasionado también, bien humorado e irónico cuando se tercia. El más cabal y duradero retrato del cumplido maestro, este jovial anciano de vuelta de cualquier dogmatismo, el gran español que, con la modestia del sabio, desnudo, despojado incluso de la barba, que le diera prestancia antaño, convertido en cadáver desconocido durante algunas horas, ha rendido viaje, día de Santiago, en su tierra nutricia. Entre el pueblo a que tan soberbiamente sirvió. — Juan Ramón MASOLIVER.

Luto en la cultura española

Madrid, 26. (De nuestra Redacción.) — *La cultura española está de luto. Este luto se simboliza y expresa con la bandera a media asta que, durante el día de hoy, ondea en el pabellón de gobierno de la Universidad complutense.*

No obstante la avanzada edad de Américo Castro, su muerte ha registrado un eco dolorosísimo. Nos parecía ya un valor inmarchitable. Un ser por gala reservado en júbilo y lucidez vital para todas las generaciones. La prensa madrileña se hace eco de esta gran pérdida. Pedro Laín Entralgo, uno de nuestros más claros intelectuales de hoy, escribe en «Ya»:

«Hoy es tan sólo el momento de decir que con Américo Castro ha perdido España una de las más ilustres mentes crecidas en el suelo durante este siglo XX;

El diario «ABC» reúne una serie de opiniones sobre Américo Castro. De ellas, entresacamos la de don Gonzalo Fernández de la Mora:

«En el fondo de las tesis de Américo Castro hay una fracción de verdad: pero su radicalización resulta inaceptable. Han tenido, sin embargo, la virtud de estimular los estudios sobre nuestro medievo y el justiprecio de lo que debemos a la presión de minorías exóticas, que fue muy poco, a mi juicio, más un excitante que un legado».

Todos los periódicos, independientemente de estos juicios, publican abundantes datos biográficos y conceden espacio destacado a la triste noticia del fallecimiento de esta preclara figura de nuestro mundo actual.

TELEVISORES

Sin entrada, desde 125 ptas. semana, sin desnivelar su presupuesto mensual. Disfrútelo hoy, lo piense más. Obsequio mesa y antena. Llame y lo tendrá hoy. T. 226-76-90

GRAN OCASION
televisores 20" y 24"
Sin letras Banco
Desde 125 ptas. SEMANA
329 55 55
242 6773
le atendemos al momento
SATEL - Rda. S. Pablo, 46.

OJO
TELEVISORES
con 2 años garantía
Desde 500 ptas. MES
242 82 72
241 65 99
CAMBIANDO además
su T.V. usado
SATEL - Rda. San Pablo, 46

ABONAMOS
por su viejo T.V.
hasta 8.000 ptas.
A cambio de un último modelo
LLAME A ESTE Tel.-
241 65 99
329 55 55
estamos siempre